

El género neutro de la filosofía*

Anna Estany

Universitat Autònoma de Barcelona
08193 Bellaterra (Barcelona), Spain

En la década de los ochenta surgió en el mundo académico una corriente de pensamiento cuyo objetivo era estudiar la relación entre ciencia, filosofía y género. En los noventa los estudios sobre este tema no han disminuído sino que han aumentado y se han extendido fuera de los EUA, cuna de esta corriente de pensamiento.

El término *género* se utiliza, primordialmente, como género gramatical; así el diccionario de María Moliner lo define en los términos siguientes: «accidente gramatical por el que los nombres, adjetivos, artículos y pronombres pueden ser masculinos, femeninos o (sólo los artículos y pronombres) neutros. Tal división responde a la naturaleza de las cosas solamente cuando esas palabras se aplican a animales, los cuales pueden ser machos (género masculino) y hembras (género femenino)». Sin embargo, «género» ha adquirido una significación especial en el debate en torno a feminismo, ciencia y filosofía. La razón de hablar de género en lugar de sexo es incidir en el factor cultural y social en contraposición al biológico para explicar la discriminación de la mujer a lo largo de la historia. A partir de aquí se hace una crítica a la ciencia y a la filosofía que va dirigida a los fundamentos metodológicos y epistemológicos de la ciencia y, una vez abandonados dichos fundamentos, se procede a la construcción de unos principios nuevos que estén basados en las características propias del género femenino. La base de estas críticas es que en tanto en cuanto la ciencia ha estado en manos de los hombres del mundo occidental está sesgada por supuestos derivados de la cultura masculina occidental. Esto ha tenido como consecuencia que determinadas maneras de pensar propias de las mujeres no hayan podido tener ninguna incidencia en el conocimiento científico-filosófico. Una de las propuestas concretas, fruto de esta relación entre filosofía y género, ha sido el de una epistemología feminista como contrapuesta, y como alternativa, a la epistemología tradicional.

El objetivo de este artículo es, por un lado, mostrar que una epistemología feminista no es viable y por otro, apuntar algunas líneas de trabajo respec-

* Este artículo ha sido realizado en el marco del proyecto de investigación PB92-0846-006-06, financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia.

to a la relación de un hecho social, como es la discriminación de las mujeres respecto a los hombres, con la ciencia y la filosofía. El artículo tiene, pues, una parte de negación y otra de afirmación. La parte de negación tiene que entenderse como una serie de reflexiones sobre el tema y no como una demostración de que no existe una epistemología feminista, ya que la carga de la prueba siempre está de parte de los que afirman la existencia de algo, no de parte de los que la niegan. La parte de afirmación es un intento de incorporar la historia social y política de las mujeres al análisis filosófico.

La negación

La propuesta de una epistemología feminista implica, de entrada, que la epistemología puede tener calificativos por razón del sexo, de la geografía o de la religión. En este marco una epistemología feminista estaría basada en el hecho de que hasta el momento los fundamentos del conocimiento han sido postulados por hombres y que, por tanto, no recoge la forma de pensar de las mujeres. Esta simple tesis da por sentado que los hombres y las mujeres difieren en cuanto a su actividad cognitiva hasta tal punto que lo que para unos constituye una buena razón para la aceptación de creencias para las otras no y viceversa. (Entendemos «creencias» en el sentido de aseveraciones, no en el de creencias religiosas). Sólo puede haber dos posibles fundamentos para esta tesis: uno biológico y otro cultural. Por supuesto no son exclusivos y puede predicarse una combinación de ambos.

Dar a la epistemología feminista un fundamento biológico significa argumentar que nuestro sistema cognitivo tiene reglas de juego muy distintas, lo cual supondría atribuir diferencias cualitativamente importantes entre los cerebros de los hombres y de las mujeres. Independientemente de algunas diferencias que la neurobiología pueda encontrar en función del sexo, es una barbaridad recurrir a las diferencias neurobiológicas entre hombres y mujeres para poder fundamentar una epistemología distinta, ya que no responde en absoluto a la evidencia empírica que en este momento se tiene.

La otra posibilidad es apoyarse en una base cultural en el sentido más general del término. La idea en este caso es que el contexto social marca la actividad cognitiva hasta tal punto que condiciona, determinísticamente, nuestra concepción del mundo, independientemente de los estímulos que recibamos del mundo externo. Como consecuencia de esto, las mujeres habrían recibido una cultura distinta de los hombres, condicionando su forma de pensar y de actuar.

Vamos a centrarnos en el segundo argumento porque es el que, en mayor medida, arguyen las defensoras de una epistemología feminista. No conozco ninguna propuesta basada en el fundamento biológico ya que la introducción del concepto de género en lugar de sexo tiene su razón de ser en negar a la biología cualquier papel en la diferenciación de géneros.

La tesis respecto a la relación entre ciencia, filosofía y género es que la epistemología depende de referentes culturales y que las mujeres tienen la suya

porque tienen unos referentes culturales semejantes. Esta tesis es doble: 1) las mujeres tienen unos referentes culturales comunes que priman sobre cualquier otro, y 2) la epistemología está determinada por referentes culturales. El rechazo de 2) implica el rechazo de 1) pero no viceversa. Podríamos empezar por mostrar que 2) no es viable y esto sería suficiente para inferir la no viabilidad de una epistemología feminista, pero no vamos a seguir esta estrategia pensando en los posibles defensores de 2) pero no de 1).

Supongamos, por el momento, que la epistemología está determinada por el contexto cultural. En este caso aún quedaría por demostrar que existen buenas razones para una epistemología feminista. Pensemos en las diferencias entre los referentes culturales de una mujer nacida de la unión de dos profesores universitarios en Estados Unidos, la hija de un tendero en Irán y una niña nacida en un campo de refugiados de Nigeria. No hace falta entrar en los detalles para apreciar las diferentes trayectorias culturales de estas tres niñas. Imaginemos que estas tres niñas se encuentran al cabo de treinta años (suponiendo que la tercera haya sobrevivido, lo cual es mucho suponer), ¿cuáles serían los referentes culturales compartidos?, ¿la lengua, los valores éticos, las visiones metafísicas del mundo, la religión, los mitos literarios, la música, los planes de vida? Posiblemente casi nada de lo que forma nuestro bagaje cultural sería compartido por estas tres mujeres. Quizá las tres habrían hecho uso de su capacidad reproductora y exhibirían sus hijos, pero seguro que la maternidad no significaba lo mismo para ellas. Supongamos que en el momento del encuentro las tres estaban con la menstruación. Pero estas cosas compartidas hacen referencia a diferencias biológicas (reproducción y menstruación), y ya hemos dicho que el argumento biológico no es un buen argumento para afianzar la epistemología feminista.

Podríamos encontrar un punto en común entre nuestras tres mujeres: todas ellas están en peor situación que la de los hombres en sus respectivos países. Este parece el punto más importante de convergencia y motivo suficiente para que sea no sólo legítimo sino necesario el feminismo como fuerza política que traspasa todas las fronteras. De todas formas, no podemos dejar de señalar que la distancia entre los hombres y las mujeres no es la misma en los tres contextos sociales en los que han nacido estas niñas. Nada tiene que ver la distancia que separa a la niña de Irán de su hermano, con la distancia entre la niña de Estados Unidos y el suyo. En el caso de la niña del campo de refugiados de Nigeria, la situación es tan desesperada que posiblemente les espere la misma suerte a los dos hermanos (niña y niño): la muerte.

Los ejemplos podrían multiplicarse al infinito pero son suficientes para lo que se pretende argumentar: si se trata de construir una epistemología sobre la base de unos referentes culturales comunes, los contextos sociales en los que viven las mujeres son demasiado diferentes como para poder fundamentar una epistemología. Sin embargo, aún en el caso de que se encontraran algunos referentes comunes, estaría por demostrar que los lazos por razón del sexo-género son más básicos que los nacionales, los religiosos, los sociales, etc. Es decir, si defendemos la tesis de una epistemología en función de variables culturales, ¿por qué no una epistemología catalanista, o cristiana o proletaria? No

conozco ningún marxista, ni nacionalista, ni católico, que se le haya ocurrido plantear semejante propuesta. Sin embargo, ¿qué razones hay para que mis referentes culturales por razón de mi sexo-género sean prioritarios a aquellos por razón de haber nacido en Cataluña, o por haber sido educada en colegios religiosos? Posiblemente, cada persona es producto de la combinación de todos estos factores, pero no tenemos ninguna evidencia empírica que nos permita argumentar que uno de estos factores actúe de forma prioritaria y determinante sobre los demás.

La conclusión es que a la hora de fundamentar la epistemología feminista a partir de que la cultura determina nuestro aparato cognitivo, no hay forma de encontrar argumentos de peso que distingan de forma clara y diáfana a los hombres y a las mujeres, puesto que hay otros aspectos del contexto social que también configuran nuestro marco cultural. Una mirada atenta a la actuación de las mujeres, individual y colectivamente, a través de la historia no parece avalar la tesis de que la variable sexo-género ha primado sobre cualquier otra variable.

Hasta aquí hemos dado por supuesto 2), cuyas bases constituyen el marco teórico general de una epistemología feminista. En 2) lo que está en liza es la posibilidad de una epistemología determinada por factores socioculturales. La idea es que el contexto social y cultural determina, en último término, nuestras creencias. Idea que está a la base del «constructivismo social» defendido, entre otros, por el llamado «programa radical en sociología de conocimiento», la última versión del relativismo procedente de una de las líneas que tomó el escepticismo griego en su rama pirrónica. Pero es difícil que el constructivismo social sea la base de cualquier empresa intelectual porque su núcleo teórico es, precisamente, la destrucción de cualquier fundamentación para el conocimiento. El relativismo sobre el conocimiento defiende la tesis de que el mundo natural y la evidencia que tenemos de dicho mundo no constituye ningún límite para nuestras creencias, o dicho de otro modo, nuestras creencias sobre cómo realmente son. El relativismo implica abandono de cualquier base sobre la que pueda derivarse todo el conocimiento y rechazo de criterios epistémicos que guíen nuestras creencias. Esto trae como consecuencia el abandono de la epistemología.

David Bloor es considerado como uno de los fundadores del programa radical en sociología del conocimiento, y sus principales ideas están expuestas en *Knowledge and social imagery* (1976). Sus tesis fundamentales son las siguientes: el estudio de la ciencia tiene que buscar las causas que producen las creencias y los estados de conocimiento; el estudio de la ciencia tiene que buscar explicaciones tanto de la verdad, la racionalidad y el éxito como de la falsedad, la irracionalidad y el fracaso; el mismo tipo de causa puede explicar las creencias verdaderas y las falsas; y las tesis de la sociología del conocimiento son reflexivas en el sentido de que los mismos patrones de explicación deben poder aplicarse a la propia sociología. El programa sociologista de Bloor es seguido, entre otros, por B. Barnes, S. Shapin, H. Collins y B. Latour, todos ellos pertenecientes a la llamada «escuela de Edimburgo». La idea central del programa radical es que las ciencias, desde la física a la sociología, dependen de factores sociales, económicos, religiosos, etc.

Hay un sentido asumible pero trivial de la idea que todo, incluida la ciencia, es una construcción social y es que la ciencia es un producto cultural y como tal están implicados individuos concretos en un contexto social determinado. Nadie ha sobrevivido sin interactuar con los demás; por tanto, lo social forma parte de una de las características de nuestra especie. En un cierto sentido lo social forma parte de nuestra forma de ser como humanos, pero en este sentido lo mismo podríamos decir de lo físico y de lo biológico, ya que sin unas determinadas condiciones físicas y biológicas no podemos sobrevivir; por tanto, todo está física, biológica y socialmente construido en el sentido de que cualquier producto cultural está condicionado a unas condiciones físicas, biológicas y sociales. En este sentido no me parece que las condiciones físicas y biológicas sean ni más ni menos pertinentes y necesarias para que surjan manifestaciones culturales.

Pero Bloor no quiere dar un sentido trivial al constructivismo social, con lo cual nos deja en el más absoluto vacío intelectual, ya que nos quita todas las armas para luchar contra la ignorancia. El escepticismo, el relativismo y la nueva versión del constructivismo social son un suicidio intelectual y un peligro social: un suicidio porque anula uno de los anhelos de la especie humana, a saber, nuestra fascinación por el saber y nuestro interés por comprender y explicar el medio que nos rodea; un peligro porque si todo tiene el mismo valor moral no tenemos ningún argumento para defender, por ejemplo, un sistema político en contra de otro. Esta postura nos lleva, a nivel personal, al pesimismo y a la angustia cerebral; a nivel colectivo, a una paralización de la acción respecto a cambiar cualquier situación social, política, etc. Este es el marco teórico general sobre el que se sustenta la epistemología feminista, lo cual queda patente, explícita o implícitamente, en la literatura sobre este tema. Pero con esta base teórica la epistemología feminista no tiene ninguna viabilidad. Además, deja sin ningún fundamento al feminismo como movimiento político de defensa de un colectivo que la historia demuestra que ha estado oprimido por otro colectivo. No hay forma de argumentar la opresión de las mujeres desde el relativismo cultural y científico.

La conclusión respecto al constructivismo social en sus múltiples variantes es que es un pésimo instrumento intelectual tanto para el feminismo como movimiento político como para una filosofía que pretenda hacerse eco del hecho social de que la mitad de la humanidad (mujeres) ha vivido en condiciones de inferioridad respecto a la otra mitad de la humanidad (los hombres) y que el feminismo, como movimiento político, lucha para que las mujeres estén en condiciones de igualdad con los hombres.

La afirmación

Descartada la viabilidad de una epistemología feminista por todas las razones expuestas, podemos preguntarnos si hay un campo de estudio desde el que abordar el hecho social de la discriminación femenina. En esta segunda parte del artículo voy a explorar esta posibilidad. Es decir, en qué términos la cien-

cia y la filosofía pueden incorporar en su campo de estudio el hecho sociocultural de la discriminación de la mujer por su compañero de especie, y del feminismo como movimiento político.

La inserción de estos hechos en el campo de la reflexión filosófica parte de una forma de entender la filosofía como una actividad intelectual de segundo grado, cuyo objetivo es el análisis de los sistemas morales y políticos, científicos y estéticos. Nuestra historia intelectual nos muestra que estas reflexiones de segundo grado nunca se han hecho independientemente de los objetos estudiados. Así pues, si hacemos un repaso histórico de la filosofía política veremos que no son ajenas a las teorías políticas del momento y éstas a su vez no están al margen de los hechos sociales y políticos del momento. Actualmente, ninguna teoría política puede dejar de tener en cuenta el feminismo como fuerza política (por supuesto en mayor o menor medida en función del peso que estos movimientos tengan en el conjunto de las fuerzas sociales) y, por consiguiente, tampoco podrá dejarlo al margen cualquier sistema de filosofía política. El feminismo no es la única fuerza política que actúa en la sociedad pero aquí nos hemos centrado en este movimiento porque es la epistemología feminista que está en alza.

El lugar más adecuado de insertar el feminismo en la filosofía es en la filosofía política como un nuevo objeto de estudio a tener en cuenta. El hecho social de la discriminación femenina tiene que ver con la justicia social y con los valores de igualdad, libertad y fraternidad, cuestiones centrales para la filosofía política. Sin embargo, parece que el caballo de batalla del feminismo en la vida académica no ha sido incorporar este hecho social a la filosofía política, campo en el que tenía más posibilidades de hacer aportaciones interesantes, sino en el campo en el que sus aportaciones sólo pueden jugar un papel indirecto y colateral. Además, en la mayoría de los casos en que el feminismo ha irrumpido en la filosofía política ha sido para plantear una filosofía política feminista, pero esta forma de plantear la relación entre filosofía y género tiene los mismos defectos que la propuesta de una epistemología feminista.

Veamos en qué sentido la variable género-sexo puede interactuar con la epistemología de la ciencia. La incorporación de la variable género-sexo hay que verla en el marco más amplio de la irrupción de los factores sociales, políticos, religiosos, etc., en el análisis filosófico de la ciencia. Esto nos remite a algunas de las corrientes que afloraron en filosofía de la ciencia desde la década de los sesenta y que tenían como uno de los objetivos la crítica al empirismo lógico y su máximo exponente, el Círculo de Viena. Estas corrientes se distinguieron por la importancia que se concedió a la variable histórica en la filosofía de la ciencia, siendo T. Kuhn y su obra *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), uno de sus más insignes representantes. Lakatos, Toulmin, Feyerabend, Hanson y Laudan pueden considerarse entre los autores que pertenecen a la corriente historicista, en el sentido de que mantenían que la historia de la ciencia puede jugar un papel importante en los análisis filosóficos de la ciencia. Pero en la obra de Kuhn hay mucho más que una mirada atenta a la historia de la ciencia. En la obra de Kuhn están, aunque en estado embriona-

rio, todas las cuestiones que se desarrollarían con más fuerza en la época de los ochenta y noventa. Es decir, el interés por los aspectos sociales, políticos y éticos de la ciencia. En realidad, la corriente de sociología del conocimiento cuyo máximo exponente fue el Programa Radical en torno de la escuela de Edimburgo, fue una de las formas de llevar a cabo este interés por los factores externos de la ciencia. Pero Kuhn nunca llegó al grado de relativismo de Bloor. El puente entre Kuhn y Bloor está en haber llamado la atención sobre la intervención de variables sociales, políticas y económicas en el curso de la investigación científica. La solución de Bloor ya la hemos explorado y hemos visto que nos llevaba a un punto muerto. De lo que se trata ahora es de explorar otra vía de recoger los aspectos sociales, políticos y éticos de la ciencia que no sea la proporcionada por el constructivismo social.

Uno de los mayores aciertos de Kuhn es haber llamado la atención sobre el hecho de que la ciencia, como todo producto cultural, es poliédrica; es decir, considerada en su globalidad, tiene muchos aspectos: epistémico, social, político, ético, estético, por citar algunos. Un estudio completo de dicho producto requiere referencias a todos ellos y el mérito de Kuhn es haber explicitado esta característica poliédrica. Posiblemente si hubiéramos preguntado a Carnap si la ciencia tenía todos estos aspectos hubiera respondido que sí, pero sospecho que hubiera dicho que no eran pertinentes para su aspecto epistémico. La novedad de Kuhn fue decir que sí eran pertinentes. El error de Bloor fue considerar que sólo los factores sociales podían explicar el conocimiento científico.

En la segunda mitad de nuestro siglo se han acrecentado muchísimo las consecuencias de la ciencia sobre la sociedad. Las múltiples posibilidades de aplicación de los conocimientos científicos han dado lugar a tecnologías capaces de producir cambios sociales ocasionando, a veces, problemas éticos difíciles de resolver. Además, la investigación científica se ha vuelto enormemente costosa, con lo cual se necesita el apoyo de las fuerzas políticas y económicas para que pueda llevarse a cabo. Esto ha hecho que la ciencia dependa de unas condiciones estructurales y se vea abocada a unas consecuencias de las que no puede escapar. Es decir, cualquier investigación tiene que contar con el soporte institucional, pero el obtenerlo puede depender de que los resultados de la investigación puedan rentabilizarse a nivel político, social o económico. Durante siglos el progreso científico se había visto como un proceso paralelo al progreso social, o al menos, la balanza entre el debe y el haber de la ciencia era positivo; es decir, el precio (y no me refiero sólo al monetario) que había que pagar para que hubiera ciencia y las consecuencias negativas de ésta eran siempre menores que los beneficios que suponían para la humanidad en general. Piénsese solamente lo que supusieron las vacunas, una consecuencia de los conocimientos sobre inmunología, para la salud pública. Sería muy aventurado afirmar que en la actualidad la balanza entre el debe y el haber de la ciencia arroja números rojos. No tenemos evidencia para suscribir una afirmación de este tipo. Sin embargo, hay que reconocer que la situación ha variado y que la imbricación de unos aspectos sobre otros en la investigación científica es un hecho a tener en cuenta a la hora de cualquier análisis de la ciencia.

Esta nueva situación es lo que ha provocado un mayor interés por los aspectos sociales, políticos y éticos de la ciencia. La crítica al programa radical no significa la negación de la importancia y de la necesidad de tener en cuenta estos factores al tomar cualquier decisión en el curso de la investigación científica, sino el rechazo del instrumento con el que pretende abordar estos problemas y de las inferencias que hacen a partir de una serie de hechos sociales.

El primer paso para abordar los factores sociopolíticos de la ciencia es desembarazarse del relativismo a fin de que podamos aceptar los resultados de cualquier estudio sociológico de la investigación científica, si no es así no hay forma de argumentar que sea más aceptable decir que las mujeres hemos estado en peores condiciones que los hombres, ¿por qué no decir que ha sido justo al revés? Supongamos un estudio sobre la participación de las mujeres en los organismos de poder político, académico, artístico, etc., en el que se ponen a prueba una serie de correlaciones relacionadas con su condición de sexo-género. Para poder utilizar estos resultados como argumento para demostrar la discriminación de la mujer se necesita cierta confianza en los métodos estadísticos, se necesita aceptar que la evidencia empírica es un valor epistémico a la hora de valorar nuestras creencias, etc. En una palabra, se necesita adquirir una serie de compromisos metodológicos y admitir la posibilidad de un cierto grado de objetividad para que las tesis sobre la influencia de los factores externos en la investigación científica puedan ser tomados en serio. Nada de esto nos proporciona el programa radical; por el contrario, constituye el principal obstáculo para cualquier estudio sobre la ciencia, tanto epistemológico como sociológico o ético.

¿En qué consistiría una propuesta positiva que recogiera todos estos nuevos elementos que intervienen en la investigación científica? La solución está en la creación de un campo interdisciplinar de metateoría de la ciencia. Hasta ahora la metateoría de la ciencia se ha entendido sólo en su vertiente epistemológica, pero por todo lo expuesto creo que hace falta poner el juego a todas las demás. Los campos interdisciplinarios se han hecho imprescindibles actualmente en muchos campos de investigación, ciencias cognitivas, bioquímica, astrofísica, psicobiología, son algunos ejemplos de cómo se ha materializado la necesidad de interrelación entre disciplinas. El campo de la arqueología me parece especialmente pertinente para tomarlo como modelo de lo que podría ser una metateoría interdisciplinaria. Cualquier excavación necesita de un equipo amplio para poder hacer un estudio global de los restos arqueológicos. Químicos, geólogos, historiadores, informáticos, estadísticos y biólogos trabajan conjuntamente para poder explicar los fenómenos culturales que tuvieron lugar en cualquier zona del planeta hace miles de años. Cada uno de los expertos puede hacer su trabajo y puede dar sus resultados y éstos no dependen de los que diga el otro experto; por ejemplo, el químico, a partir de ciertas técnicas de datación con el carbono 14, puede decir cuántos años tiene el registro arqueológico y no necesita para ello a ninguno de los demás. Es decir, sus conclusiones son independientes de lo que diga el biólogo o de cómo el historiador lo interprete en la reconstrucción de un período determinado; sin embargo,

para cualquier decisión sobre la investigación se necesitará conjugar los resultados de todos los demás aspectos.

De forma parecida veo el estudio de la ciencia. Un estudio metateórico interdisciplinar de la ciencia supone un equipo formado por expertos en epistemología, sociología, política, ética, estética, etc., cada uno de los cuales aporta el estudio de uno de estos aspectos. Cada análisis es independiente de los demás, es decir, puede ser que el resultado epistemológico sea positivo pero que éticamente sea deplorable. Un estudio interdisciplinar puede mostrar ciertas correlaciones entre variables pertenecientes a campos distintos; por ejemplo, un estudio sociológico puede mostrar que determinadas estructuras sociales favorecen la producción científica. La interdisciplinariedad puede ser absolutamente necesaria a la hora de la toma de decisiones sobre cómo llevar a cabo determinada investigación científica, debido a las consecuencias medioambientales y a los problemas éticos que ocasiona, con lo cual será necesaria la opinión de profesionales de campos distintos a fin de calibrar los efectos positivos y negativos de la investigación. Por tanto, la interdisciplinariedad, y no el holismo en tanto en cuanto se contrapone a lo analítico, puede ser la alternativa más productiva para abordar la complejidad del fenómeno cultural que hoy llamamos «ciencia».

Este es el único marco posible para situar los estudios sobre ciencia y mujer. Tradicionalmente las mujeres han formado un colectivo al que los hombres han mantenido, socialmente, en una situación de inferioridad del que poco a poco, y dependiendo de las sociedades, se ha ido distanciando, adquiriendo, al menos en términos legales, condiciones de igualdad respecto a los hombres. Estos estudios estarían en el marco de la sociología, política y ética de la ciencia. Si los estudios sobre mujer y ciencia necesitan un estatus diferenciado respecto a otras formas de discriminación social, territorial, etc., es una cuestión que escapa a este trabajo pero, sea o no prioritaria, la diferenciación por razón del género-sexo aún es un factor de discriminación muy importante en el mundo actual y requiere de estudios históricos, sociológicos, políticos y éticos.

Conclusiones

- 1) No hay base biológica para una epistemología feminista.
- 2) Apelar a los factores culturales para fundamentar una epistemología feminista tiene dos problemas: la demostración de que los referentes culturales por razón del sexo-género priman sobre cualquier otro referente cultural y la demostración de que los factores socioculturales determinan nuestras creencias. A lo largo del artículo hemos visto que ninguna de las dos demostraciones son posibles.
- 3) La interdisciplinariedad a nivel metateórico es la mejor vía para abordar los aspectos sociales, políticos, económicos, estéticos y éticos de la ciencia y, por tanto, de analizar las especiales condiciones de discriminación que han sufrido las mujeres.